

OPINIÓN

Una mirada sociológica:

Austria, calla y otorga



POR ANDREA SALAMOVICH
DE ROSENBERG

Los casos de Joseph Fritzl y Natascha Kampusch, no merecen más reiteraciones inescrupulosas para festín y lucro de los medios.

Sí es menester preguntarse qué otros demonios se agazapan en los sótanos austriacos, y por qué esta vieja dama imperial parece ser una nación de sordos, mudos y ciegos. Resulta claro entonces el motivo por el cual en los informes anuales del Centro Simón Wiessenthal sobre juicios y extradiciones (o la negativa de los mismos) de criminales nazis, Austria sea, con probabilidad, el país más pasivo y renuente a toda cooperación posible en un terreno que le incumbe como protagonista y cómplice.

Este es un comentario abreviado por dos motivos: Primero, el relato de los atroces hechos tan grotescamente expresados por los medios masivos de comunicación para inflar hasta lo demencial la crónica roja, no tienen cabida en una columna de opinión. Segundo, la extensión innecesaria de la delicada temática a tratar, podría redundar en una descalificación de orden xenofobo, cuando lo que se pretende es entregar a la reflexión de los lectores una mirada que muchos –judíos y no judíos– han instaurado acerca de estos aciagos eventos, pero que les resulta complejo y hasta culposo (no es políticamente correcto) denunciar.

Las viviendas austriacas, en una realidad bastante generalizada, que atraviesa de forma transversal las clases socio-económicas a la cual pertenecen sus moradores, tienen una particularidad poco común; poseen amplios búnkeres, sótanos umbríos donde una puerta da paso a otra y así en lo sucesivo, hasta delinear un verdadero laberinto, un inexpugnable mundo en sí mismo, paralelo al mundo objetivo de la superficie. Allí se monta un nido ideal para el secretismo, para archivar las inmundicias de un pasado colectivo nada feliz o, tanto peor, para enterrar en un tiempo sin tiempo a rehenes indefensos, imposibilitados de ver la luz del sol que no logra permeabilizarse a través de esos gruesos muros blindados.

Está bien. Puede que la razón originaria de estos escenarios subterráneos, testigos de horrores que recién empe-



zamos a vislumbrar, reside en la necesidad de guarnecerse durante los días de la Segunda Guerra Mundial, tras el Anschluss, la entrada triunfal de un Hitler, hay que decirlo, no sólo no repudiado, sino por el contrario, recibido entre vítores y las célebres flores de la majestuosa Viena. Puede también que se levantasen en medio de la dinámica de paranoia cotidiana propia de la Guerra Fría. Sin embargo, estos motores primarios nada nos aclaran. Lo que incomoda y altera, como todo imposible que intentamos justificar, es la

una vez por mes jamás, jamás percibieron algo extraño en el ambiente, un rictus de preocupación o extrema irritabilidad en el «anfitrión», una amenaza velada, una conducta poco convencional en un país de convencionalidades? Y más aún, ¿Cómo explicar el supuesto nulo conocimiento (en el caso de Fritzl) de quienes moraban en la planta superior sobre aquellas vidas paridas en la planta inferior, por más hermética que fuese, de la misma casa? Unas vidas incubadas en la aberración forzada, echadas al mundo en el dolor,

Lo que incomoda y altera, como todo imposible que intentamos justificar, es la improbabilidad pragmática de ese «yo nunca vi, yo nunca supe». Aunque tal vez esa fórmula de la ceguera y la ignorancia no elegidas reconforte al compararla con ese «yo sí vi, yo sí supe, pero no era mi problema».

LA SILENCIOSA Y SIGILOSA AUSTRIA

Las preguntas incrédulas van por otra parte: ¿Cómo es que quienes circundan, en el mismo barrio, en la misma calle, esas «mansiones siniestras», los añosos vecinos, nunca se enteraron de nada, nunca sospecharon de acto inusual alguno? ¿Cómo es que el diarero, el lechero, el jardinero, el cartero, el amigo ocasional, el familiar de

puestas de pie en la precariedad, sostenidas en la locura inminente y la claustrofobia. ¿Cómo, en definitiva, nadie, ni un solo maldito peatón o sujeto metiche de esos que no faltan ni aún en los preciosos países del primer mundo, oyó los alaridos, los golpes, las súplicas, los gritos de auxilio? Sin ir más lejos, Fritzl se dio el lujo de ampliar el sótano de su casa, allí donde vivía su otra numerosa familia, una, dos, tres y hasta cuatro veces con el estruendo y el trajín que aquello significa sin que alguien reclamase, por ejemplo, por tales molestias, lo cual podría haber apresurado algún tipo de indagación municipal. Y en el caso de Natascha

Kampusch, ¿no resultaba extraño que una casa consabidamente habitada mantuviese día y noche, sin excepción, las ventanas clausuradas? Resulta absurdo pensarlo. Absurdo aceptarlo. Absurdo argüirlo.

La periodista Mirna Schindler, en el programa «Informe Espacial» del pasado lunes, demostrando coraje y lucidez, se atrevió a hablar de un aspecto que sus pares callan. Por comodidad. Por servilismo. Por hipocresía. Sí, habló sobre un particular rasgo del carácter colectivo de los austriacos en el cual, por cierto, reparan los extranjeros que llegan a avocindarse a ese país. En pos de una defensa agresiva e infatigable de la vida privada, que raya en la psicosis de persecución, los austriacos inhiben cualquier intento de aproximación a la dinámica doméstica que se sucede entre esas murallas que llaman hogar. Lo que allí ocurre, por monstruoso que sea, allí se queda. En la calle, en la interacción social, la cosa no cambia: el austriaco se defiende de ese conciudadano que ve como a un *otro infranqueable*, y como ese otro es, por definición, distinto, es potencialmente peligroso. El matiz más crudo del individualismo y el derecho al poder absoluto sobre la privacidad son, así, llevados hasta el paroxismo. De hecho, cualquier palabra que agregue un vecino tras el acostumbrado «buenos días» a otro, es considerada una intromisión, una impertinencia, una trasgresión. Los niños inquietos –es decir, los niños normales– son castigados con inclemencia por las miradas reprobatorias. La disciplina es la más notable característica de un padre eximio. El reportaje antes mencionado concluye con una tesis que comparto: en algún momento de su historia, la sociedad austríaca dejó de ser, al fatigarse los signos de solidaridad con el prójimo, una comunidad.

Quisiera agregar que a mi parecer, Austria, más allá de la *sachel torta*, los valsos y «La Novicia Rebelde», perdió gran parte de su identidad propia tras la caída del Imperio Austro-Húngaro producto de su derrota en la Gran Guerra. Luego, se ha conformado con ser una decorativa proyección de la cultura alemana. Es penoso empezar a entender en parte, a partir de lo expuesto, lo antes incomprendible: la deportación y la masacre de millares de judíos a vista y paciencia de los reservados, los oportunos, los prudentes austriacos. Y es que para quienes el cosmos comienza y termina en la punta de sus zapatos, callar y otorgar no es ni más ni menos que lo natural.